

En cuanto á los Judíos, ¿no están en su propio país, en el terreno que el mismo Jehovah dió á sus antepasados? Musulmanes y cristianos son por ellos considerados como intrusos en aquella tierra de promisión, y sin embargo, aun siendo descendientes de los más antiguos inmigrantes, necesitan pedir humildemente un acceso que no siempre se les concede. Los Judíos son actualmente en número de sesenta mil, ó sea como uno sobre diez habitantes, en los límites de la Palestina, y sobre esos sesenta mil individuos, cerca de la mitad se compone de mendigos y parásitos sostenidos por la caridad de los ricos banqueros de Occidente. La gloria de Israel no resplandece en la Jerusalén actual; sin embargo, el «pueblo elegido» espera confiadamente reconstruir un día su templo sobre la montaña de Sión. Sobre los diez millones de Judíos esparcidos en el mundo, hay unos doscientos mil, «los Sionistas», que se han ligado en una sociedad que espera contra toda esperanza que les será devuelta la tierra de los abuelos á pesar del sultán, de los mahometanos y de los cristianos, y aun de la inmensa mayoría de sus correligionarios indiferentes; pero la pequeña Palestina, cuyo suelo alimenta escasamente en el día 340,000 habitantes, ¿cómo podrá recibir la multitud de los Judíos que vuelvan del tercero y tan largo cautiverio? ¡Entonces intervendrá el milagro para que afluyan hacia Jerusalén, la nueva Londres, todas las riquezas del mundo entero!

Ya el país limítrofe de la Judea, Egipto, sólo pertenece á un dueño musulmán. Sabido es que en la repartición de Africa — casi enteramente terminada en nuestros días, puesto que Abisinia y Marruecos son los únicos trozos no repartidos todavía, la Gran Bretaña se ha adjudicado las tierras del Nilo, las más deseables del mundo por su maravillosa fertilidad y por su posición en el centro mismo del grupo de los antiguos continentes, en el paso de Europa á las Indias.

Hasta se dice que Inglaterra considera como suya la bahía de Bomba, directamente al sud de Creta, habiéndose asegurado así de antemano la posesión de todo el litoral que se extiende á 1,000 kilómetros al oeste de Alejandría; del mismo modo que los antiguos Ptolomeos y otros dominadores de Egipto, se inclina fácilmente á considerar la Cirenaica como una dependencia natural de la tierra del Nilo, y aunque Italia estableciera, como desea, sus colonias en el

país de Barka, Inglaterra habrá tomado al menos su ventaja de intervención y de vigilancia naval. El interés de ese Estado es evidente: el establecimiento de un ferrocarril entre un puerto de la Cirenaica y Suez permitiría reducir en veinticuatro horas lo menos el trayecto de Londres á Bombay por Marsella, Alejandría y Port-Said; por un paquebot rápido, la travesía del Mediterráneo, de Bran-

N.º 494. Mediterráneo inglés.



La bahía de Bomba es la que penetra por el Este en el país de Barka.

disi á Bomba, no emplearía más que una treintena de horas. La posesión de Chipre, en el golfo que baña á la vez las costas de Cilicia y las de Siria, á la vista del Taurus y del Líbano, contribuye también poderosamente á dar á los Ingleses una posición preponderante en el Mediterráneo oriental.

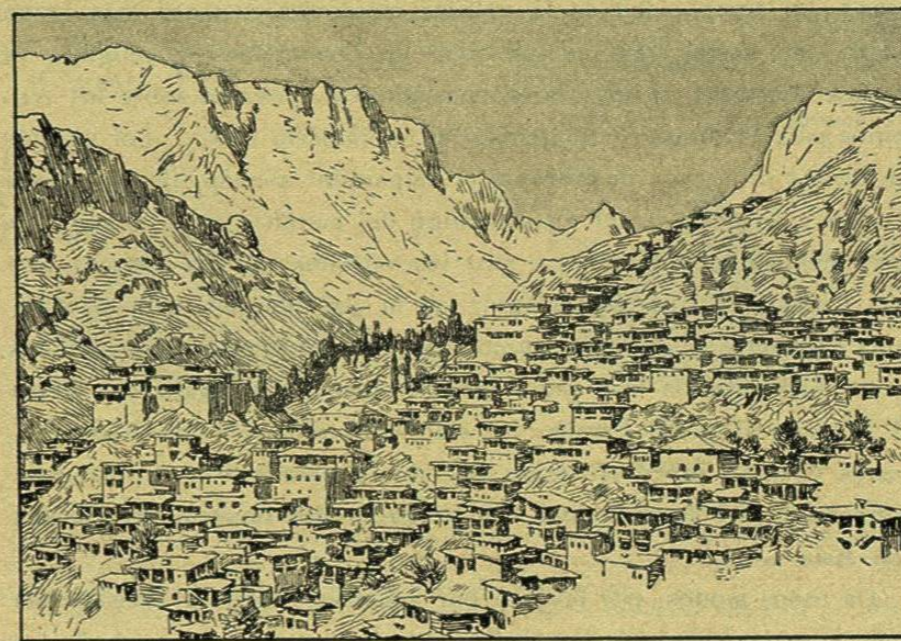
Pero aunque Chipre y Egipto hayan sido arrancados al imperio del Jefe de los Creyentes, este imperio existe aún, y la misma rivalidad de las potencias le promete una duración larga. En realidad Turquía, con sus dependencias de Europa, de Asia y de Africa, no se pertenece á sí misma; es la cosa de lo que se llama

el «concierto europeo», es decir, Inglaterra en su «espléndido aislamiento» y los dos grupos de Estados, Triplice y Duplice. Si el sultán es el amo temible es porque se le permite serlo, y verdaderamente los gobiernos de Europa son muy amplios en sus autorizaciones: le dan poder para oprimir á sus súbditos de toda raza, de toda lengua, de toda religión; puede imponer á capricho los impuestos y embolsarse su producto, hasta puede usar ilimitadamente del derecho de vida y muerte que pertenece á los soberanos absolutos.

Las matanzas de Armenia, demasiado sabiamente organizadas para que se viera en ellas el resultado de levantamientos populares y de guerra entre razas, fueron quizá, de todas las abominaciones modernas, las que representan el mayor cúmulo de crímenes. En la misma Constantinopla, la matanza del 26 al 29 de Agosto de 1896 se hizo con un método que atestigua la fría voluntad del ordenador de los asesinatos. La víspera se marcaron con yeso las casas de los Armenios destinados á la muerte, y aquellos desgraciados, vigilados por todas partes, no podían huir y habían de resignarse pacientemente á lo inevitable. Luego, al amanecer, los matarifes y gentes de oficios sangrientos, diestros en descuartizar animales, comenzaban su tarea, y procedían rápidamente, sin tumulto, sin gritos, al sacrificio de sus víctimas: casi en todas partes la operación se hacía en pleno día, sobre el umbral de la puerta que había de quedar manchada de sangre en signo de la ira imperial. Así perecieron miles de hombres en la fuerza de la edad. ¿Cuántos exactamente? Las relaciones oficiales quedarán indudablemente desconocidas mucho tiempo; las evaluaciones aproximadas hablan de siete mil cadáveres. En cuanto á los que de 1894 á 1896, y todavía en 1900, perecieron bajo los golpes de los Kurdos en las provincias de Van, Erzerum, Mamuret-el-Azis, Bitlis, Sivas, Diarbekir y Halep, las cifras de apreciación varían de 300 á 500,000, y una emigración continua, sobre todo hacia la Transcaucasia, ha reducido aún á algunas centenas de mil verosíblemente el número de los Armenios de aquellas provincias, que antes de las matanzas llegaba á un millón, según unos, y dos millones, según otros ¹, cre-

¹ Consúltese Pierre Quillard, *Pour l'Arménie, Cahiers de Quinzaine*, Junio 1902.

yéndose generalmente que los Armenios no constituían la mayoría más que en distritos limitados, como alrededor de Zeitun, Much, Van, etc. En la relación de los horrores de aquel tiempo, ha de hacerse mención especial de los habitantes de Zeitun, quienes, viendo el aspecto de las cosas, organizaron la defensa de sus montañas, hicieron prisionera la guarnición (28 de Octubre de 1895), y resistieron á un ejército turco hasta que los cónsules europeos negociaron



Cl. del Dally Graphic.

ZEITUN, EN EL TAURUS

una rendición (30 de Enero de 1896). Esta solución «salvaba la faz» del sultán y protegía los Armenios contra toda grave molestia ulterior. Los Zeituniotas habían conquistado el derecho á la existencia.

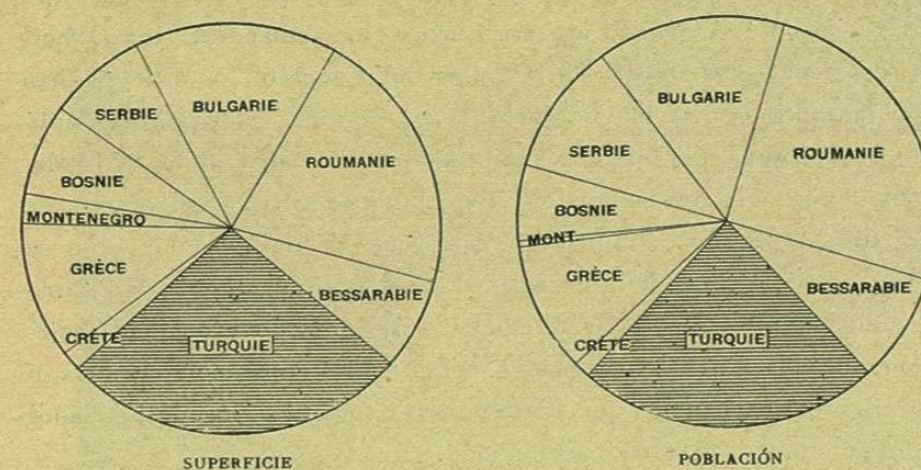
Á primera vista parece imposible explicarse que semejantes actos hayan sido tolerados por las potencias europeas, porque se exige á lo menos cierto decoro en la conducta de los amos; pero es tradicional en esta materia que los soberanos tengan las manos libres, y además los gobernantes, teniendo todos sobre su conciencia algún hecho análogo, se sienten más ó menos solidarios hasta en el crimen, y por espíritu de cuerpo tratan de hacer el silencio, de encu-

brir el atentado que hubieran debido evitar. Por otra parte, es posible que en este asunto de los Armenios haya habido también cierta complicidad tácita. Sin hablar de esos supuestos hombres de Estado, de esos viles diplomáticos que ponen su honor en recibir decoraciones y títulos de la mano sanguinaria, ¿no tendría Rusia algún interés en ver desembarazada su frontera transcaucásica de un pueblo de tendencias independientes, casi republicanas, asociado por muchos de sus jóvenes á los grupos temibles de los estudiantes rusos? La complicidad de la política moscovita es tanto más grave cuanto que hasta 1882, so pretexto de comunidad de religión, la práctica constante de los czares consistió en apoyarse sobre los Armenios para facilitarse inteligencias en el imperio turco. Por último, uno de los soberanos de Europa, el emperador alemán, afectó á pesar de todo y siempre ser el «gran amigo del sultán», cuyo ejército ha hecho encuadrar y maniobrar por los oficiales de sus propias tropas. Cualquiera que sea la razón de la actitud protectora de Alemania respecto al gobierno turco, los beneficios materiales debidos á esta benevolencia han sido considerables. La futura vía férrea del Bósforo al golfo Pérsico ha sido concedida á unos Alemanes, y éstos cuentan sobre el apoyo del sultán para entrar rápidamente en posesión del instrumental del comercio del imperio en Europa y en Asia.

De todos modos, por favor ó por amenaza, Turquía, considerada como potencia europea, se halla completamente á merced de los capitalistas que dirigen su hacienda y disponen indirectamente de los ejércitos y de las flotas de Europa. El «Sultán Rojo» no tiene más remedio que inclinarse cuando los embajadores extranjeros vienen á traerle sus órdenes. Inglaterra marca á su antojo los límites del país situado detrás de Adén sin que el gobierno turco tenga nada que replicar; Rusia expide libremente por los Dardanelos sus barcos de guerra más ó menos disfrazados en vapores de placer; Francia, cuidadosa siempre de los intereses de capitalistas y negociantes averiados, toma tranquilamente una isla en prenda, sin que se haga la menor tentativa para disputársele. Por fin Austria confisca en su beneficio dos provincias en parte mahometanas, mientras que otras provincias conquistan su independencia. Durante el último

siglo, el territorio y la población de Turquía de Europa han disminuído cerca de tres cuartas partes ¹.

No ya á un «hombre enfermo», sino á un amputado de brazos y piernas debería compararse lo que resta del imperio de Souleiman el Magnífico. De ese modo, hallándose Turquía bajo la dependencia cada día más estrecha de los capitalistas europeos, es de presumir que éstos continuarán distribuyendo el país á sus protegidos reales,



Disminución de Turquía desde 1812 á 1905

Disminución de Turquía desde 1812: Besarabia, 44,572 kilómetros cuadrados; Grecia, 65,036; Rumanía, 131,020; Servia, 48,303; Montenegro, 9,438; Bulgaria-Rumelia, 96,660; Bosnia-Herzegovina, 51,018; Creta, 8,660; total, 454,707 kilómetros cuadrados; resta 169,910 kilómetros cuadrados; disminución proporcional, 72,8 por 100.

Los distritos que obedecían al Sultán en 1812 están actualmente ocupados por más de 25 millones de habitantes, de los cuales 6.130,200 solamente han quedado bajo el dominio de la Puerta: disminución proporcional, 75,8 por 100.

como lo han hecho ya respecto de Rumanía, de Servia, de Bulgaria, de Bosnia-Herzegovina, de la isla de Samos y de Creta.

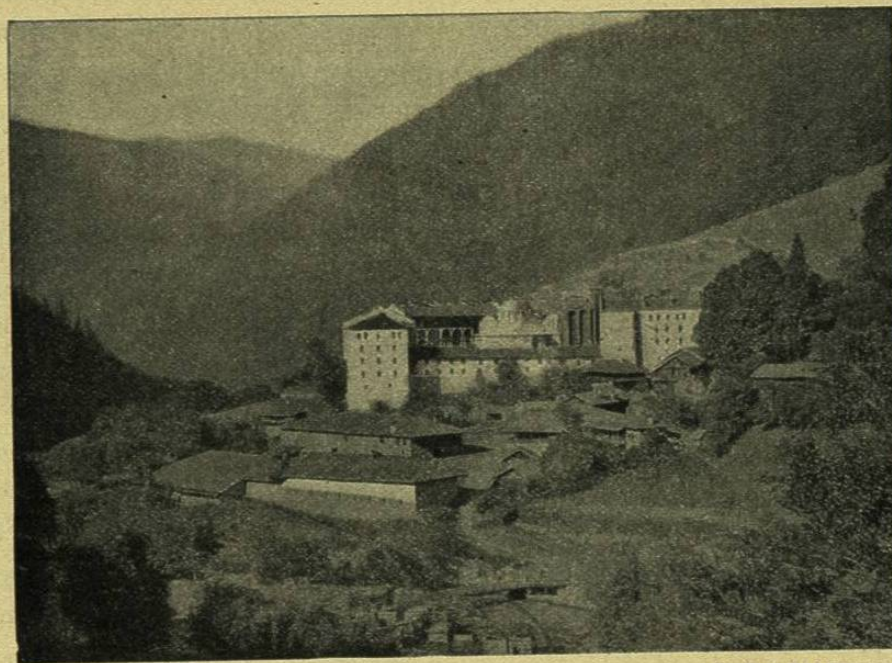
Sin embargo, los recursos de toda clase en hombres, en tierras y en productos variados que posee Turquía en Europa y en el Asia anterior, en los límites que se le han querido dejar por cierto tiempo, son todavía de gran valor. En primer lugar el pueblo turco, en Europa, es aquel cuyos individuos son los más fuertes y los más sanos; si no es el más inteligente, si hasta es el menos flexible

¹ Véase el mapa n.º 464, p. 283.

á la adaptación, es al menos el más honrado y el más sincero, lo mismo que el más sobrio y el que usa menos bebidas excitantes. Ciertamente también los Albaneses y los Lazes, los Kurdos, los Árabes y tantos otros pueblos encerrados en los límites de lo que se llama Turquía, tienen una grande vitalidad nacional y constituirían admirables elementos de progreso en un país libre; pero sus fuerzas se emplean en dañarse los unos á los otros; y del mismo modo que en Asia las pasiones de los Kurdos han sido suscitadas contra sus vecinos de Armenia, así en Europa los Albaneses, los Tcherkesses expulsados de los altos valles del Cáucaso, los Griegos han sido lanzados contra los Búlgaros y los Servios; el equilibrio político se conserva por el odio recíproco de los sometidos. No solamente existe el odio de pueblo á pueblo por simples diferencias de raza, de lengua y de tradiciones, sino que en un mismo pueblo se detestan recíprocamente de clase á clase porque el gobierno turco ha confiado todas las bajas tareas de opresión y de exacción á sujetos escogidos entre los vencidos. De sus propios compatriotas ó correligionarios han de quejarse en sus infortunios los desgraciados de cada culto ó de cada nacionalidad.

Ha de notarse que en el Oriente turco, la administración se ocupa muy poco de las subdivisiones territoriales; los indígenas dependen de tal ó cual autoridad, no en virtud del lugar que habitan, sino de la religión que profesan; habitantes cuyas casas están contiguas se hallan sujetos á diferentes impuestos y regidos por leyes diferentes, porque su dios — ó el ceremonial de adoración del mismo dios — no es el mismo. Esa concepción del gobierno, que haría honor á la tolerancia de los Turcos, si no fuera acompañada de otras prácticas menos laudables, explica cómo entre los habitantes del imperio no hubo jamás conciencia común; siempre se sintieron desunidos, arrastrados por intereses hostiles, animados de ambiciones diferentes. La unidad artificial que se les dió durante los períodos de expansión y de conquista provino únicamente de la solidez de los ejércitos, es decir, del régimen del terror; mas en cuanto ese lazo de la fuerza llegó á relajarse y aun á soltarse completamente, los pueblos, enemigos ante todo por la voluntad gubernamental, se hallaron unos junto á otros como fieras encerradas en una jaula co-

mún. Poco á poco, al levantamiento concertado contra los opresores Osmanlis, ha reemplazado una lucha que casi deja en paz á los Turcos y de la que el espectador no iniciado no puede comprender nada: Griegos, Búlgaros, Koutzo-Válacos, Servios, Montenegrinos, hasta facciones rivales de idéntica nacionalidad se matan entre sí con el beneplácito del gobierno de Stambul y de las cinco poten-



MONASTERIO DE RILA EN MACEDONIA

Cl. de la *Vie Illustrée*.

cias. Actualmente, pues, los odios, las ambiciones rivales, las supervivencias y supersticiones monárquicas son demasiado tenaces para que pueda esperarse la única solución verdaderamente normal, que sería la libre federación de todas las poblaciones de la Europa sudoriental en un conjunto de grupos iguales en derechos, de municipios autónomos, formando unidad únicamente por los intereses comunes y la resistencia á las agresiones del exterior. Ese sería el único medio de evitar el crimen que se prepara después de tantos otros, la expulsión de todos los Turcos de sus antiguas conquistas de Europa. Hasta nuestros días toda constitución de un Estado cristiano en la Balkania tuvo por consecuencia práctica la expulsión

de los musulmanes. Pero en la historia de las naciones, ¿qué nación tuvo siempre bastante respeto hacia el suelo y la libertad ajena para tener ahora el derecho de tirar la primera piedra á los descendientes de los antiguos conquistadores? ¿No habrá llegado aún el tiempo de vivir todos en paz los unos junto á los otros sobre esta buena Tierra, tan amplia que podría recibir sin pena una población diez veces mayor y darle en abundancia el pan y el bienestar? Hagamos constar, no obstante, que existen elementos de concordia, procedentes de los revolucionarios turcos, búlgaros, macedonios y armenios que se han entendido en Ginebra, en París ó en otros puntos.

De todos los Orientales, los Griegos son los más aproximados á este ideal de la federación futura, y esto porque su existencia como nación no está materialmente unida á la del pequeño reino helénico, que comprende oficialmente, según los tratados, una parte de la península del Pindo, la Morea, las islas Jónicas y las islas Egeas de Europa. Grecia es más que esto, porque fuera del reino hay regiones griegas cuyos habitantes, poseídos de un ardiente patriotismo de raza y de lengua, no consentirían en cambiar su suerte por la de los electores de Atenas ó de Patras: indudablemente se les considera como formando parte del conjunto de los súbditos del Gran Señor; á veces hasta han de sufrir vejaciones de parte de funcionarios rudos ó de diplomáticos odiosos, pero esas molestias son el precio con que pagan su autonomía positiva en la libre administración de sus escuelas y otros establecimientos, lo mismo que en la gerencia de sus intereses comunes: de ese modo constituyen la célula de espera de un cuerpo político y social mucho más amplio y de más alta significación que el pequeño Estado encerrado en las fronteras del Epiro y de la Tesalia.

Quizá tengan una conciencia exagerada de su fuerza colectiva, y, como todos los patriotas, se atribuyan en el porvenir mayor parte que la que les corresponda. El hecho es que han sido amargamente sorprendidos cuando se han apercibido que en el movimiento de desintegración sufrido por la Turquía contemporánea, pueblos tenidos por ellos en escasa estimación y considerados como bárbaros, sin derechos, se han levantado enfrente de ellos reclamando la igualdad en el reparto ó la federación. Todavía necesitan tiempo

para habituarse á la idea de que Turcos y Búlgaros no se someterán á su hegemonía.

El período de expansión parece terminado para el mundo helénico. Actualmente la gran tarea es un trabajo de elaboración interna que eleva y renueva el conjunto de la nación y le permite, no ciertamente igualar á sus abuelos — porque Grecia brillaba entonces como llama aislada en medio de las tinieblas —, sino no ser



Cl. J. Kuhn, edit.

EL PUERTO DE GÉNOVA

inferior á ninguna de las naciones cultas en las diversas manifestaciones de la vida, no sólo el comercio y la industria, sino también las artes y el pensamiento. Hay todavía ciertas partes de Grecia cuyas poblaciones sólo á medias parecen desprendidas de la barbarie supersticiosa de la Edad Media turca ó veneciana. La áspera Etolia, los montes salvajes del Taigeto son todavía comarcas de miseria y de ignorancia; muchas islas que en otro tiempo fueron cultivadas por poblaciones prósperas, no son hoy sino rocas cuyos míseros habitantes emigran hacia lugares más dichosos. El monopolio mata hasta pasados los siglos: así es como la mayor parte de los insulares griegos del Egeo no practican la pesca ni la navegación, á pesar de la excelencia de sus radas y de sus abrigados